

Tierra quemada

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Terres brûlées*

En cubierta: Monumento conmemorativo, Museo de la Guerra de 1870 y de la Anexión, Gravelotte, Mosella (Francia) © Hemis / Alamy Stock Photo

© Éditions Vivienne Hamy, 2020

© De la traducción, Teresa Cardona y Pedro Martín-Caro

© Ediciones Siruela, S. A., 2024

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19942-86-9

Depósito legal: M-3.784-2024

Impreso en Gráficas Dehon

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Teresa Cardona y Eric Damien

TIERRA QUEMADA

Traducción del francés de
Teresa Cardona y Pedro Martín-Caro

 Siruela

Nuevos Tiempos Policiaca

A nuestros hijos

— ¡Suéltala!

— ¿Qué?

— Suelta la espada —repitió el otro—, has perdido.

Una vez más, era su adversario el que mordía el polvo y no él, pero no importaba. Podía ser el más listo, el más astuto, incluso el más rápido, pero siempre acababa igual. Vencido, dejó caer el arma.

Una sonrisa burlona se dibujó en el rostro del niño que se levantaba.

— Ves, empiezas a enterarte. Ya ni siquiera protestas.

Los otros niños se acercaron formando un círculo amenazador a su alrededor.

— Parece que no se te ha repetido suficientes veces. No se te ha perdido nada aquí. ¿No has prestado atención en clase? Y eso que el maestro lo dejó bien claro: no eres de los nuestros. ¿A que sí, muchachos? —preguntó al grupo.

El aludido hundió la cabeza entre los hombros.

— Pero vamos a tener que explicárselo de nuevo, a ver si por fin le entra en la mollera, ¿no creéis?

La pandilla se lanzó sobre él. No intentó defenderse.

Sangrando por la nariz, con el labio partido y los pómulos entumecidos por el dolor, se secó las lágrimas con el puño de la camisa, se limpió el barro de los zapatos e intentó colocarse la ropa lo mejor que pudo hasta encontrar el valor para empujar la puerta de la granja.

— ¡Ya era hora! ¿Pero dónde demonios estabas? ¡Y en qué estado vuelves! ¿Pero tú te has visto? — estalló el abuelo acercándose amenazador.

— No es culpa mía...

— No es culpa tuya... no es culpa tuya... ¡Nunca lo es! ¿Es mía, acaso? ¡Esto lo vamos a arreglar! — gritó el abuelo desabrochándose la hebilla del cinturón.

La cena se desarrolló en un silencio lúgubre sólo interrumpido por los ruidos que hacía el tío al sorber la sopa.

El anciano dejó caer la cuchara de madera con un golpe sobre la mesa. Todos se sobresaltaron.

— Qué pasa, mujer, ¿no había un poco más de grasa para el caldo? — gruñó.

— Nadie me ha querido vender. Han dicho que...

— ¿Qué? ¿Qué han dicho? — masculló entre dientes.

— Que... no tenía más que ir a comprar a otro sitio.

El abuelo se levantó de golpe y los platos cayeron al suelo.

— ¡Malditos cabrones! — gritó dejando caer el puño sobre la mesa—. Me las pagarán, esos mierdas. Sí, un día tendrán que pagar...

Nancy, noviembre de 2016

El cielo encapotado y el termómetro, que apenas ascendía a los diez grados, acabaron por hundirle la moral. Durante el trayecto el taxista intentó entablar conversación, pero Andreani le disuadió manteniendo la vista fija en el paisaje que desfilaba ante sus ojos. Hizo que le dejase en la esquina de la Haut-Bourgeois con la Grand-Rue. Nada más bajar, el frío y la humedad se le metieron en el cuerpo. Rebuscó en los bolsillos las llaves, metió la más grande de ellas en la cerradura y atravesó el umbral de su apartamento. El crujir del parqué le tranquilizó. Dejó la maleta en el suelo, entreabrió la ventana para eliminar el olor a cerrado y subió los termostatos de los radiadores. Muy a su pesar iba a tener que sacar la ropa de invierno. Después de andar dos semanas descalzo por la playa, había notado una desagradable sensación de opresión al atarse los cordones de los zapatos. Le llevaría un tiempo acostumbrarse a ellos otra vez. Sentado en el borde de la ventana, mientras se dedicaba a observar a la gente que apresuraba el paso sobre los brillantes adoquines del casco antiguo, sacó el teléfono y tecleó un número. Respondieron a la primera.

—¿Sí?

—¿Tu padre nunca te ha enseñado a contestar el teléfono?
—Mi padre es poli, no telefonista. ¿Ya has vuelto?
—Sí, desgraciadamente, hace un momento. ¿Cenamos juntos?

—¿Cuándo?

—Esta noche. En El Serio a las ocho, ¿te va?

Lisa asintió y colgó sin más. Le daba igual que sus conversaciones fuesen escuetas, sin florituras. Eso no era lo esencial, aunque su hija fuese un enigma para él. Tenía la impresión de que estaba quemando etapas, de que tenía una mirada desengañada, demasiado amarga y oscura sobre el mundo que la rodeaba. *Too soon, too sad*, como cantaba Sarah Vaughan. Hastiada antes de tiempo. Parte de la culpa debía de ser suya y no podía evitar reprochárselo.

Había empezado a lloviznar e hizo una mueca. Se acercó a la cocina con la intención de hacerse un café, pero se detuvo en la mitad del pasillo y se lo pensó mejor. Se puso el abrigo, buscó sin éxito un paraguas y salió a la calle. Bajo la lluvia, el corto paseo hasta el bar le pareció eterno. Empujó la puerta de cristal, se zambulló dentro y el calor del interior del local le reconfortó.

Pierre Timonier presidía tras la barra, los brazos cruzados sobre un vientre prominente, con un delantal verde que protegía una camisa blanca inmaculada, el cráneo liso brillante y unas finas gafas de montura de metal sobre la nariz, inamovible cual capitán al timón de su nave. El hombre y el lugar habían acabado por fundirse en una identidad única e indisoluble. Tras la fachada de sencillez del Serio, como le llamaban los clientes habituales debido a unas venas literarias, estruendosas y repentinas, se escondía una personalidad excepcional, adornada de latines, poesía y letras.

— ¡Señor comisario! ¡*Gaudeamus igitur!* — exclamó el patrón.

— Buenos días, Pierre. ¿Cómo está usted?

— Bien, muy bien, gracias. ¿Y usted? Puedo afirmar que le hemos echado de menos.

— ¿*Pluralis maiestatis?* ¿Utiliza ahora el plural para hablar de sí mismo?

— Le felicito por sus progresos en latín, querido amigo. Es un poco pronto para un curso de epistemología, pero le aclararé que ese «nosotros» se refiere a la señorita Rossini y a mí mismo. Bueno, Francesca, ya que me ha concedido el insigne honor de permitirme llamarla por su nombre. Nuestra amiga común ha pasado a ser lo que se llama «un cliente habitual».

Sin que supiese por qué, Philippe Andreani se sorprendió. Se imaginó a la psicóloga y al dueño del bar absortos en una discusión ante una copa, y tuvo que sonreír. La Bella y la Bestia, se dijo.

— Sin azúcar e hirviendo, señor comisario.

— Pierre, creo que habíamos quedado en que...

— Lo sé, lo sé... pero ya sabe, *magna est vis consuetudinis*...

— Voy a tener que comprarme un descodificador un día de estos...

— ¿Un descodificador? ¡Consulte el diccionario de Gaffiot! Quiere decir: «Grande es la fuerza de la costumbre». Soy un dinosaurio, soy consciente, pero si observo a mi alrededor, no encuentro nada que me empuje a darle la razón a Darwin. Pero dejémoslo. ¿Ha leído mi Platón?

— Algunos capítulos, no más... — admitió el policía—. La filosofía y yo... Pero Maquiavelo me pareció magnífi-

co. Ya hablaremos. No quiero ser maleducado, pero sólo pasaba a saludarle y a preguntar si tiene una mesa para esta noche. He invitado a cenar a mi hija.

—¿Esta noche? Desgraciadamente no; tengo el restaurante lleno. Una fiesta de cumpleaños, han cerrado todo el local. Lo siento.

—Vaya... no se preocupe —respondió Andreani decepcionado.

—Si me permite... podría usted prepararle algo, ¿no cree? Se me ocurre algo fácil y succulento. ¡Hamburguesas!

—¿Hamburguesas? ¿Usted?

—Alto ahí. Hablo de la «especial Serio». Fácil de preparar y sabrosa. Estoy convencido de que a Lisa le van a encantar. Coja un bolígrafo y apunte: medio kilo de carne picada de ternera no demasiado magra, un huevo completo y una yema, un pedazo de pan empapado en leche caliente, un diente de ajo, una cebolla picada y pochada, un chorrito de aceite de oliva, perejil, sal, dos vueltas de pimienta. Mezcle usted todos los ingredientes y al final añada el chorrito de aceite por encima. Forme unas pelotas de tenis aplanadas y márquelas en la sartén para dejarlas reposar en el horno a cien grados durante un cuarto de hora. Dos minutos antes de sacarlas las remata con una loncha de *cheddar* extrafuerte. Encima de todo, coloque unas hojas de ensalada, un tomate en rodajas y un poco de salsa rosa. ¿Cree que podrá?

—Pues no sé... No estoy seguro, pero... No sé cómo darle las gracias, Pierre.

—¿Darme las gracias? ¿Por qué? Si disfruta usted, me considero bien pagado.

Andreani sonrió. Se llevó el café a los labios, echó un vistazo sobre el periódico que estaba en la barra, pero re-

nunció al instante a leer los titulares, sabiendo de antemano lo que se iba a encontrar. Un murmullo le sacó de sus pensamientos.

—¿Qué farfulla usted, Pierre?

—¿Farfullar? ¿Yo? No sea usted impertinente, joven. En este caso, ese verbo está fuera de lugar. No expreso mi disgusto, sino mi admiración. ¡Es Byron! Y Byron no se farfulla.

—¿Byron?

—Se dice Lord Byron, señor. Lo he descubierto hace poco, lo reconozco, pero ¡por Dios!, saboreo sus versos y me sumerjo en su biografía. Tenía unas costumbres censurables, se lo concedo. Un rebelde, un indomable. Un tipo de los que ya no existen. Creo que le gustaría a usted.

Andreani no pudo reprimir una sonrisa. Una cosa estaba clara: la fiebre literaria del Serio prometía ser dantesca.